

Carlos Fuentes

**Una
familia
lejana**



Biblioteca Era

La palidez de mi amigo no era insólita. Con los años, la piel de su rostro se unió al hueso y cuando movía las manos delgadas la luz las atravesaba sin pena.

Lo había visto cuando regresó de un viaje a México y entonces su aspecto de fantasma civilizado se disipó. El sol le dio espesor, presencia carnal. Casi no lo reconocí.

Ahora, al recobrar su palidez habitual, debí recordarlo claramente; pero en su manera había algo desacostumbrado. Fui a saludarlo cuando lo vi solo en su mesa del comedor del club y le propuse que almorzáramos juntos.

—Sólo que usted venga acá, dijo mirando hacia las mesas alejadas de la suya.

Esa mirada se perdió en una lejanía más profunda que la del vasto comedor en penumbra. En cambio, las mesas del primer rango están situadas al lado del gran balcón que se abre sobre la Place de la Concorde. Son las mesas privilegiadas del comedor del club y es natural que las acaparen sus miembros más antiguos. Acepté su invitación como lo que era: una deferencia hacia mí, su amigo menor.

—No lo veía desde que regresó de su viaje, le dije.

Siguió leyendo la minuta del almuerzo, como si no me escuchase. Estaba ligeramente inclinado, de espaldas a las ventanas. La luz azulenta de esta tarde temprana de noviembre iluminaba el contorno de la cabeza cana y calva. La levantó súbitamente, pero no para mirarme. Permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el punto más alejado de la plaza, junto al río.

—Ordene por mí, me pidió cuando se acercó el mesero. Lo dijo con la premura exacta que comencé a distinguir en todos sus movimientos. Me pregunté si ésta había sido siempre una característica suya aunque sólo ahora la distinguiese yo. Recordó con los ojos pequeños y vivaces el espacio de la plaza, deteniéndose un largo rato en la perspectiva de la alameda de las Tullerías.

—¿Sabe?, dijo al cabo, cuando nos sirvieron el vino y sus ojos inquietos encontraron reposo en él, estuve apostando conmigo mismo si alguien se acercaría a saludarme o no; si tendría o no la oportunidad de contarle a alguien mi historia.

Lo miré con perplejidad. —No soy *alguien*, Branly. Pienso que somos viejos amigos.

Tocó ligeramente mi mano, me pidió excusas y dijo que cuando todo terminara, tendría que hacer un nuevo balance de su vida; ello resultaba muy fatigoso para alguien de su edad.

—No, añadió, no caeré en el lugar común; no diré que a los ochenta y tres años estoy de regreso de todo. Sólo dicen esto quienes nunca han ido a ningún lado.

Echó la cabeza hacia atrás, riendo, y levantó las manos con un mismo movimiento mientras me decía que era una pretensión creerse a salvo de todo asombro. Acaso, menos que una pretensión, era, simplemente, una estupidez. Sólo una profunda inseguridad nos obligaría a sufrir una pérdida tan tonta como la de nuestra innata capacidad de maravillarnos. Dijo que la muerte sólo vence a quien no se asombra de ella; la vida también. Pestañeó repetidas veces, como si esa luz, menos pálida que el semblante de mi amigo, le hiriese.

—Hasta antes de la visita, creí haber alcanzado un equilibrio merecido, me dijo cubriéndose los ojos con los dedos.

Luego apartó la mano con un gesto gracioso y frívolo, como intentando disipar cualquier solemnidad de su discurso; sonrió: —¡Por Dios! He vivido todas las épocas, bellas y feas, todos los años, locos y razonables, dos guerras mundiales y una pier-na herida en Dunquerque, cuatro perros, tres esposas, dos casti-

llos, una biblioteca fiel y algunos amigos, como usted, que se le asemejan.

Suspiró; apartó la copa de sí e hizo algo extraordinario. Me dio la espalda, giró su silla y miró directamente a la Place de la Concorde, como si le hablase. Preferí pensar que me hablaba a mí de una manera excepcional, deseando subrayar el carácter poco común de nuestro encuentro y también el de la historia que me anunció; al cabo me quedé (para mi propia tranquilidad) con la impresión de que mi amigo quería hablarnos a la plaza y a mí, al mundo y a ese usted numeroso que yo representaba en ese momento y que se esconde, irónico y enemigo, en el nosotros de las lenguas romances, nos y otros, yo y los demás.

París y yo, Branly entre ambos. Sólo esta interpretación salvaguardaba mi dignidad un tanto maltrecha por la conducta extraña de mi amigo.

—El siglo es mi hermano, dijo entonces, hemos vivido juntos. También es mi hijo; lo precedo por cuatro años y lo primero que recuerdo, ¡imagínese usted!, es su nacimiento presidido por una imagen, sobra decirlo, inolvidable: la inauguración del puente Alejandro III. Lo recuerdo como un arco de acantos tendido sobre el Sèna para mi beneficio, a fin de que yo, el niño, aprendiese a amar esta ciudad y a recorrerla.

Lo vi llevarse las manos a la gruesa corbata azul y acomodar la perla del alfiler que la adornaba. Me sumé a su mirada perdida en la lejanía del Quai d'Orsay y a través de ella a las palabras que me explicaban que con esa imagen nació en él, y ahora con él en mí al escucharle, la expectativa de que todas las tardes, como aquélla en la que por primera vez admiró el puente sobre el río, un minuto milagroso disiparía los accidentes de la jornada —lluvia o bruma, canícula o nieve— para revelar, como en un paisaje de Corot, la esencia luminosa de la Isla de Francia.

Es éste el equilibrio al que se refiere. Sabe que todas las tardes puede aguardar, sin impaciencia, ese instante privilegiado. La hora jamás lo ha defraudado. Gracias a él, comprendo que a

mí tampoco.

Sonríe pensando que las únicas excepciones ocurrirán, amablemente, cuando se encuentre de viaje, lejos de París.

II

A los Heredia los conoció en México, apenas el verano pasado. Coincidieron en una excursión a Xochicalco organizada por un amigo francés, Jean, residente de largo tiempo en la capital mexicana. Mi amigo acogió con alegría la proposición de viajar a las ruinas toltecas del valle de Morelos, sobre todo en compañía de Hugo Heredia, uno de los arqueólogos más notables de América Latina. Mi amigo no se ha saciado de ruinas y al mirar éstas le dijo a Jean que a pesar de Valéry, las civilizaciones no mueren del todo; perduran, pero sólo si no progresan.

Repitió el comentario en un castellano trabajoso para conversar con Hugo Heredia mientras contemplaban el paisaje del valle desde la alta ciudadela india y añadió que sólo sobrevive lo que no progresa porque no envejece.

—Nada más lógico, terminó.

Heredia se limitó a decir en francés que Xochicalco fue un centro ceremonial, no un lugar de sacrificios, como si quisiera curarse en salud y afirmar ante los extranjeros que la violencia no es un privilegio mexicano del cual es necesario excusarse y no una de las escasas constantes de la variadísima naturaleza humana.

Mi amigo emitió un deleitado *aaah!* que significaba su apreciación del buen dominio de la lengua por Heredia pero pensó, encogiendo los hombros, que la sustancia de las palabras del arqueólogo tenía por objeto no alarmar la sensibilidad de un francés razonable, sensual seguramente, pero mediocre no, jamás.

Se lo dijo riendo a Heredia y él le contestó que la sensualidad

es apenas un capítulo de la violencia.

—Todo lo contrario, replicó mi amigo.

Las formas del valle que se extiende frente a las ruinas de Xochicalco se acercan y alejan según el capricho de la luz y la velocidad de las nubes; se puede, ilusoriamente, tocar el fondo del barranco, como si el abismo se levantase de un prolongado sueño geológico; los volcanes extinguidos parecen alejarse para siempre, añorando el retorno del tiempo de fuego que fue el suyo.

Mi amigo le dice a sus anfitriones que bastaría el desmayo del dios que respira el viento o la cólera de la diosa que invade una nube para que esa relación de lejanía o cercanía se invierta y el volcán se aproxime mientras el precipicio se ratifica como la solitaria entrada al paraíso mexicano: —Según mi información, es el único Edén imaginado subterráneamente, allí donde Orfeo, Dante y Sartre, por igual, han reservado sitio al infierno.

—Mira, papá, mira lo que me encontré.

El hijo de Heredia llegó corriendo, sin aliento, al borde del precipicio; mi amigo alargó la empuñadura curva de su bastón y lo detuvo del brazo. Está convencido de que lo salvó de un accidente; la caída desde la plataforma rasa de la ciudadela al espacio del juego de pelota debe ser de unos cincuenta metros. El muchacho estaba demasiado excitado, solicitaba toda la atención del padre y éste se la entregó con una intensidad que mi amigo consideró insólita. Entre sus manos morenas reunidas como una vasija de barro e igualmente temerosas de que una sola gota se escapase por las hendiduras de los dedos, el muchacho detenía un objeto, una lámina de brillante fugacidad.

—Perdón, dijo Heredia, no le he presentado a mi hijo Víctor.

Tartamudeó, confundido, y añadió precipitadamente: —Perdón otra vez, Jean no me dijo bien su nombre.

—Branly, dijo con sencillez mi amigo.

Excusó la torpeza de la presentación; Víctor, el muchacho, estaba demasiado concentrado en su descubrimiento; su padre, en hacerle notar que le daba toda su atención. En tales circunstan-

cias, las presentaciones se aplazan para mejor momento. Pero Branly no puede esperar que nuestra forma de cortesía —lo que los ingleses, insuperablemente, llaman “manners”— sea conocida, y mucho menos compartida, en todas partes, como no puede esperar que la dulzura de la luz vespertina de la Isla de Francia, reclinada como una mujer que alarga el brazo y nos roza la mejilla con los dedos (ese instante se aproxima mientras yo almuerzo y le oigo decir esto) se parezca a lo que él llama, porque la conoce, la luz del mediodía eterno, vertical, visceral y cuchillero, levantado como un puño armado, de las montañas mexicanas.

—¿Dónde lo encontraste, Víctor?, le preguntó el padre.

El muchacho señaló hacia la pirámide trunca, el templo de escasa altura, dice mi amigo, dominado por el cinturón de serpientes esculpidas que ciñen sus cuatro costados, serpientes de piedra que se devoran unas a otras hasta integrar una sola culebra que se muerde la cola para tragarse a sí misma. La pirámide está rodeada de matorrales resecos y polvo inquieto.

—Allá, indicó el muchacho.

—¿Puedo verla?, dijo Heredia.

Víctor escondió el objeto con las manos sobre el pecho.

—No, después.

Hasta entonces, el muchacho había mantenido baja la mirada, fija en el tesoro. Ahora, cuando dijo no, miró a su padre. A mi amigo le sorprendió que, siendo su tez tan morena, su pelo tan negro y lacio, tuviese ojos tan claros. Le parecieron azules y abiertos en esta luz sin refugio, verdes apenas los tocó la sombra de las gruesas pestañas. No podía tener más de trece años; doce quizás.

Quién sabe, dijo ahora mi amigo, esperando conmigo el arribo de la luz vespertina a la Place de la Concorde; los niños mexicanos son muy pequeñitos largo tiempo, como si la precocidad sexual del trópico requiriese, en todo lo demás, una compensación diminutiva. Jamás había visto ojos tan claros en piel tan oscura. Sólo entonces miró con atención al padre. Hugo He-